



Del modelo a la acción. Educar con *pasión* y *propósito*
I CONGRESO DEL MODELO PEDAGÓGICO XTI
FUNDACIÓN EDUCATIVA SOFÍA BARAT

Madrid, 2 de julio del 2026

Queridos amigos, queridas hermanas,
Queridos educadores, docentes y responsables de los colegios del Sagrado Corazón,
Queridos miembros de la Fundación Educativa Sofía Barat:

Es una gran alegría estar hoy con vosotros para inaugurar este Congreso XTI.
Al veros tan numerosos hoy, pienso en algo bastante sencillo pero esencial: la educación es siempre un acto de Esperanza.

No se educa si no se cree en el futuro.
No se educa si no se cree en la capacidad de un joven para crecer, para levantarse y llegar a ser plenamente él mismo.
No se educa si no se cree que el mundo puede ser reparado y transformado.

Y es precisamente esta Esperanza la que hoy nos reúne.
El lema de vuestro Congreso, «Educar con pasión y propósito: del modelo a la acción», expresa magníficamente nuestra responsabilidad común.

Estamos aquí porque seguimos creyendo en el poder transformador de la educación.

Esta convicción ya habitaba en Santa Magdalena Sofía Barat. Magdalena Sofía comprendió algo esencial: no se transforma el mundo de manera duradera únicamente mediante ideas o estructuras.

Se transforma el mundo formando personas.
Personas libres.
Personas sólidas interiormente.
Personas capaces de discernimiento.
Personas capaces de compasión.
Personas capaces de amar.

Por eso, la educación, en la tradición del Sagrado Corazón, nunca ha sido una simple transmisión de conocimientos.

Educar es revelar a una persona su propia dignidad.
Es ayudarla a llegar a ser plenamente ella misma.
Es formar la inteligencia, ciertamente, pero sobre todo el corazón, la libertad, la conciencia y la capacidad de amar y de servir.

En una sola palabra: **humanizar**.

Y creo que hoy es una palabra particularmente importante.

Vivimos una época fascinante, pero profundamente paradójica.

Nunca la humanidad había dispuesto de tantos conocimientos, herramientas y capacidades tecnológicas, incluida la inteligencia artificial que está transformando ya nuestra manera de aprender, de trabajar, de comunicar e incluso de pensar.

Y, sin embargo, nos enfrentamos como nunca a la fragmentación, la violencia, la soledad interior, la pérdida de sentido y de referencias.

Ante esta realidad surge una pregunta esencial: ¿Qué significa educar hoy a un ser humano?

Nuestra misión no consiste únicamente en preparar jóvenes eficientes.

El mundo sabrá producir expertos.

El mercado sabrá producir competencias.

Las máquinas sabrán producir eficacia.

Pero ¿quién formará las conciencias?

¿Quién ayudará a los jóvenes a discernir lo verdadero de lo falso, a elegir el bien antes que lo útil, a resistir la indiferencia y a aprender la relación, la escucha y la responsabilidad?

Esa es nuestra misión.

Formar no solo inteligencias brillantes, sino conciencias iluminadas.

Formar no solo profesionales competentes, sino mujeres y hombres profundamente humanos.

Por eso creo que el modelo Xti es mucho más que un modelo pedagógico.

Expresa una visión.

Una antropología.

Una Esperanza.

Dice algo fundamental sobre la persona humana, que resume admirablemente la expresión: «**Por ti, por todos**».

Estas cuatro palabras contienen una auténtica espiritualidad educativa.

Por ti.

Porque cada persona cuenta.

Cada niño.

Cada joven.

Cada adulto.

Cada historia.

Cada fragilidad.

Cada promesa escondida.

Magdalena Sofía lo decía con una radicalidad abrumadora: «*Por una sola niña habría fundado la Sociedad.*»

Una sola.

Esta palabra nos impide pensar únicamente en términos de estructuras, de resultados o de estadísticas. Nos recuerda que, en el corazón de toda obra educativa, siempre hay un rostro.

Siempre hay una persona.

Siempre hay una historia sagrada.

Y, al mismo tiempo:

Por todos.

Porque ningún crecimiento humano es auténtico si no abre a la relación, a la solidaridad y al servicio del bien común.

No educamos únicamente para el éxito individual.

Educamos para construir un mundo más justo, más fraterno y más humano.

En definitiva, educamos para la transformación.

Y es precisamente aquí donde nuestra misión resulta casi profética.

En un mundo marcado por la polarización, la agresividad y el miedo al otro, nuestros colegios pueden convertirse en signos.

Signos de que otra manera de vivir juntos es posible.

Lugares donde se aprende el encuentro.

Lugares donde se aprende la escucha.

Lugares donde se aprende la reconciliación.

En definitiva, lugares donde se aprende a ser artesanos de paz.

Creo profundamente que el mundo necesita la pedagogía del Sagrado Corazón.

Una pedagogía del corazón que une lo que nuestro tiempo separa con demasiada frecuencia:

La exigencia y la ternura.

La excelencia y la compasión.

La inteligencia y la interioridad.

La innovación y las raíces.

La libertad y la responsabilidad.

Por eso vuestro trabajo de innovación pedagógica es tan valioso.

Innovar no significa abandonar nuestra identidad.

Innovar es permitir que nuestras raíces den frutos nuevos.

Es permitir que un carisma antiguo hable un lenguaje nuevo.

Es dar vida hoy a lo que nos confió ayer.

Y eso exige valentía.

Porque toda verdadera educación es una obra de paciencia.

Magdalena Sofía nos lo recordaba con gran sabiduría: *«Para hacer el bien hacen falta tiempo y paciencia.»*

En una cultura de la inmediatez, estas palabras resultan casi revolucionarias.

Sí, la educación requiere tiempo.

Sí, requiere fidelidad.

Sí, requiere muchas veces sembrar sin ver inmediatamente los frutos.

Desde Magdalena Sofía, la Sociedad del Sagrado Corazón mantiene esta convicción audaz: revelar a cada persona que es amada por Dios y que está llamada a transformar el mundo.

Mientras nosotros estamos aquí, al otro lado de los Pirineos, en Joigny, está reunido el Consejo de Administración de la Fundación Canónica Internacional Sophie Barat Education.

Quiero pensar que no se trata simplemente de una coincidencia. Quizá sea un signo. Un signo de que algo está creciendo entre nosotros.

Desde el último Capítulo General algo nuevo está emergiendo en la Sociedad del Sagrado Corazón. Al reorganizarse más allá de las fronteras, de las lenguas y de las culturas, la Sociedad expresa con mayor claridad una intuición que la acompaña desde sus orígenes: Nuestra misión es una, porque uno es el Corazón de Cristo.

Lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos diferencia.

Hoy, cerca de 180 centros educativos vinculados al Sagrado Corazón viven y hacen vivir este mismo carisma educativo.

Cuando pienso en esta realidad, no veo en primer lugar instituciones.

Veo rostros.

Educadores apasionados.

Comunidades comprometidas.

Jóvenes llenos de sueños y portadores de futuro.

Veo una inmensa comunidad en misión.

¡Qué potencial tan extraordinario si aceptamos verdaderamente caminar juntos!

Quisiera terminar expresando un deseo para este Congreso.

Que estos días sean mucho más que un intercambio de experiencias o de metodologías.

Que sea un tiempo de renovación interior.

Un tiempo en el que crezca entre nosotros una visión compartida.

Un tiempo en el que nuestra Esperanza se fortalezca.

Un tiempo en el que se reavive nuestra pasión educativa.

Y que, al regresar a casa, cada uno pueda volver a escuchar esta llamada interior:

Continuar. Creer. Servir. Educar.

Porque, en el fondo, educar es quizá una de las maneras más concretas de participar en la obra de Dios aquí y ahora, un Dios que ha elegido encarnarse y cuyo Corazón sigue latiendo en el corazón del mundo.

Gracias por vuestro compromiso.

Gracias por vuestra fidelidad.

Gracias por seguir creyendo en la juventud.

Os deseo un magnífico Congreso

Claire Castaing